Serafín J. García

SUS MEJORES POEMAS

Selección
del autor

LIBROS DEL CABALLITO

Serafín J. García

SUS MEJORES POEMAS

32

GAR
2538

SUS MEJORES POEMAS

JOSE ANTONIO PADULA

Serafín J. García

Selección del autor

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
Colección de Bolsillo
32

Copyright by
EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL
Yí 1364 — Montevideo — Teléf. 98.28.10

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en el Uruguay — 1970

MATRERO

Resueyo del monte cuajao en coraje.
Altivo aletazo de la libertá.
Cerno endurecido de macheces gauchas
que sólo la muerte consiguió ablandar.

Corazón caliente de los campos potros
latiendo en la entraña de la soledá.
Tutano'e los cerros filosos y ariscos.
Colmiyo'e la sierra. Facón del pajal.

Tropero de sombras, domador de rumbos,
patrón de horizontes baquiano y audaz,
tu vida jue un libre volido de tordo
zurciendo distancias, sin nunca anidar.

Tuviste por cama los pastos del monte.
Por techo, el ramaje del coroniyal.
Jue arruyo'e tus sueños el canto'e los ríos
y el silbo'e los vientos entre el flechiyal.

Dos gauchos con alas rondaron tus noches:
el tero alarife y el libre chajá.
Y en los recovecos de tus madrigueras
sus trampas de espinas armó el ñapindá.

Y cuando cruzaste, tajiando la noche,

se hinchó el campo'e lomas pa verte pasar;
chistó la lechuza, cayaron los tigres,
y los cimarrones dejaron de auyar.

Pa vos lució el alba sus pilchas rosadas;
pa vos abrió flores punzó el sucará;
por vos muchas noches la luna, mimosa,
en'lanca'e tu flete se vino a sentar.

Y juiste la estampa más gaucha y airosa
que en sueños las chinas miraron pasar,
prendido a los flecos del poncho el misterio
¡y al cinto el rumbero de la libertá!

(de "Tacuruses")

CACHIMBA

Sos lo mesmo que yo. Vivís p'adentro,
ajena a tuito lo que te rodea.
Como nada tenés ni esperás nada
gastás el tiempo en rejuntar peresa.

Y no sentís curiosidá ninguna
por lo que pasa ajuera,
ni comprendés al viento ni al arroyo
que corren siempre y siempre tienen priesa.

Vos no tenés apuro.
Sos como esos que ya han pegao la güelta,
cansaos de ver que tuitos los caminos
no son más nada que esperanzas güecas.

Dejuro'e tanto cavilar a solas
te jue projundisando la tristeza,
y aprendistes asina que en la vida
dirse o quedar lo mesmo fastidea.

Por nada te afligís. Pasás el tiempo
sin quejarte del sol que te chucea,
y a veces se propasa y te desnuda
pa vichar hasta el fondo'e tu agua quieta.

Sólo al cielo querés. El es tu amigo.

Naides más has hayao que te comprienda.
Por eso, cuando ves que está contento,
te alegrás vos tamién y sos más güena.

A ocaciones se agarran de retoso:
él te enyena de nubes, te ensucea,
y vos lo arremedás pa desquitarte
luciendo los colores que él amuestra.

Como si jueran novios,
otras veces las priendas se cambean:
vos por el día le emprestás tu espejo
y él de noche te empriesta sus estreyas.

Con eyas te pasás hasta que aclara,
entretenida en ver cómo chispean,
dispertando la envidia
de los bichos de lus que pasan cerca.

Y no ambicionás más. Eso te basta
pa dir engambelando la esistencia.
¡Que corran los arroyos y los vientos!
Vos preferís quedar pescando estreyas.

Sos lo mesmo que yo. Tamién yo vivo
sin ruido y aplomao por la peresa.
Tamién me gusta cavilar a solas
y rumiar dispacito mis tristesas.

Sos lo mesmo que yo. Sin afligirnos
refalamos los dos por la esistencia.
A vos te basta un redondel de cielo
y a mí la intimidá de una vigüela.

(de "Tacuruses")

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
VERGARA

Surco'e quereres gauchos
maduraos en tristesa.
Siñuelo de amarguras cimarronas.
Querencia de las lágrimas matreras.

Cuando estirás, lerdiando, tus dies hilos
mojaos en la garuga de la pena,
tuito el dolor arisco de los campos
se piala en eyos y se rompe'n quejas.

Sólo pueden parirte las guitarras
cuando un amor bien macho las empreña;
cuando'l alma del hombre que las pulsa
se ha ganao güelta música en sus cuerdas.

Sos com'un corasón en carne viva,
machucao de asperesas,
que se va desangrando di a poquito
por la boca redonda'e la vigüela.

Camote de los tristes.
Aparcero'e la pena.
Laso trensao con ráices de pesares
pa estaquiar las memorias gambeteras.

No tenés ni un cencerro de alegría.

Ni una esperansa risa tu cansera.
Sólo sabés d'esos lamentos hondos
arañaos de desdenes y de ausencias.

Tas hecho pa boyar en el silencio
d'esas noches pesadas de sueñera
que harnerea'e lus el braserío del cielo
o hace ruanas la luna con sus hebras.

Espina untada en pulpa'e macachines
es tu música lerda:
pincha en el corasón, y al mesmo tiempo
vuelca dulsuras en la herida abierta.

Cada ves que t'escucho
se me anochece'l alma con tus quejas;
pero puntiás d'estreyas esa noche
pa clariar el remanso de mis penas...

¡Por eso me gustás! Porque'n tus hilos
colgó el pago sus lágrimas secretas!
¡Porque sos como el sumo' e sus amores
injertao en la yel de sus tristesas!

(de "Tacuruses")

PULPERIA

Juiste igual qu'esas hembras querendonas y güenas
que ni al pior de los machos le mesquinan su amor,
y que crusan la vida redamando ternuras,
y aliviando dolores y sembrando ilusión.

Tu palenque jué un braso levantao en la loma;
un yamao aparcero convidando a dentrar;
y con caña y guitarra, con baraja y con taba,
te sobraron siñuelos pal gauchaje bagual.

Y t'hiciste querencia de las vidas sin rumbo;
farolito en la noche de los pechos sin fe;
manantial pa lavarle las heridas al triste
y al sediento de olvido remediarle su sé.

Reyenaste las broncas que cavara l'ausencia;
ensiyaste memorias pa golver al ayer;
y mochaste'l abrojo de las almas machorras
que no jueron capaces de parir un querer...

Los domingos tu reja floreció de truquiadas;
espinao de rodajas tu silencio juyó;
y entre música'e copas y latir de vigüelas
desnudó el pago bravo su cerrao corasón.

.....

Y en la noche curiosa que oriyaba tu fiesta

os facones pusieron una marca de lus;
rabonó las distancias un galope matrero
y pa un muerto dio el cielo cuatro estreyas en crus...

(de "Tacuruses")

QUERENCIA

Montoncito'e terrones y totoras
que me vido yorar la ves primera;
ranchito aludo, rescoldao de afetos
y remediao a sol de su pobresa.

Ombú que a los mormasos del verano
los amansó con su ramaje güeno,
y a los pamperos les sirvió' e guitarra
pa cantar las tristesas del invierno.

Pañuelito verdusco'e campo crudo
floriao por el punsó'e las margaritas,
ande aromé mi aurora cimarrona
con el áspero olor de las flechiyas.

Rincón de monte ande los arrayanes
enamoraban a la primavera,
y sangraban sus frutas los chalchales,
y se alargaban del carau las quejas.

Cañadita flecuda de espadañas
que listaba'e rosao el garcerío,
y los patos baguales encrespaban
al marguyar, alborotaos y ariscos.

Pital cerrao, de pinchos dentradores,

ande escondía el aperiá su cueva ,
y ande al bochorno de los mediodías
arroyaban su laso las cruceras.

Islita ande acampaban las torcasas
de volido apurao y baruyento,
y ande se óia sonar, de tardecita,
el chiflido tristón de los boyeros.

¡Querencia! ¡Amor que se añudó a las ráices
hondas y amargas de mi vida huraña!
¡Puñao de cosas chúcaras que guardo
en el güequito más soliao de mi alma!

¡Querencia! ¡Lucerito de mi rumbo!
¡Picana que rempuja mi cansera!
¡Albardón apretao de las dulsuras
en el campo reseco'e mi esistencia!

¡Cómo te viá olvidar si sos yo mesmo.
si te mamé en la leche de mi madre,
y te yevo metida entre las venas
apurando el galope de mi sangre!

(de "Tacuruses")

HOMBRADA

¡Mándensén mudar tuitos a la puta!
¡No quiero sabandijas en mi rancho!
¡Pa aguantarle los secos a la pena
no precisa'e culeros el que es macho!

¡Vamos, juera de aquí, manga'e trompetas!
¡No esperen que los saque a rebencasos!
¡A mentir a otro lao! ¡A mí esas lástimas
sólo consiguen enyenarme de asco!

¡Si m'hija jue pa ustedes una pluma!
¡Si ustedes jueron los que la mataron
a juersa'e picotiar en su conduta
como en la oveja cáida los caranchos!

¡Dispués qu'eya, la pobre, tuvo el hijo,
como a perra sarnosa la cuerpiaron;
jue una brosa nomás, una largada;
sólo sirvió pa risa y pa estropajo!

¡Ninguno se acordó que eya era güena
—un alma'e Dios que a naides hiso daño—,
y aguantó la infelís, como una marca,
el disprecio safao de tuito el pago!

¡Su nombre recorrió las pulperías

manosiao y babiao por los borrachos;
jue la farra'e las chinas en los bailes
y en las ruedas de mate de los ranchos!

Y áhura que ya murió la pobrecita,
cansada de vivir hecha un pingajo,
¿tienen coraje pa venir'tuavía
a lechuciar ande la estoy velando!

¡Mándensén mudar tuitos, machos y hembras!
¡Aquí ya no hacen falta los caranchos!
¡A campiar a otro lao carnisas frescas
ande se puedan empachar pulpiando!

¡Juera de aquí, sotretas! ¿No me han óido?
¿Tan esperando que los curta a laso?
¡Aquí ya está de más la chamuchina!
¡Ya no hay a quien sangrar en este rancho!

¡Juera de aquí! ¡Si pa velar su cuerpo
y darle sepoltura yo me basto!
¡Si no precisa agayas emprestadas
p'apechugar las penas el que es macho!

(de "Tacuruses")

LECHUSA

Sos un bicho infelís, naides te quiere,
de tuitos laos vivís escurrasada,
y hasta los mesmos pájaros te juyen
porque tienen a menos tu compaña.

Cierto que con tus ojos amariyos
que aujerean la noche más toldada,
con tus patas cuartiadas y macetas
y tu pico dao güelta, sos fierasa.

Cierto que en lo sanguanga y desabrida
ni el Juan Grande te iguala,
y que tu canto es un chiyido sonso
que ni a un gurí de teta le hace gracia.

Pero eso no es pecao. Hay otros pájaros
que son fieros tamién, y que no cantan,
y algunos, como el tordo,
que de haraganes ni pichones sacan.

Y solamente a vos te tienen tirria.
Hasta se ha dao en crer que tráis disgracia,
y que andás en negocios con Mandinga
y le chistás de noche cuando pasa.

Y no falta quien diga

que a la muerte tamién solés cuartiarla,
y que hay velorio en fija
cuando gritán tres veces enrabadas.

Vos, como si supieras que te odean,
vivís lo más del día acuquinada
en la puerta'e tu cueva o en un poste,
bombiando con recelo a los que pasan.

Sólo de noche te sentís a gusto
porque la noche no se fija en fachas,
y a tuitos, pa que no haygan diferiencias,
en el luto'e su poncho los iguala.

¡Qué destino amolao, sin un delito
y a matreriarle al chumbo condenada,
sólo porque Dios te hiso fiera y triste
y te negó la cencia'e las calandrias!

Hay hombres como vos. Naides los quiere.
Son como oveja negra en la majada.
Y más pobres que vos, más infelices,
porque pa juirle al mal ¡Carecen de alas!

(de "Tacuruses")

ORACION

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
VERGARA

Tata Dios, yo no dudo que siás juerte,
que gobernés vos solo tierra y cielo,
que a tu mandao se apague el rejucilo
y se amanse el más potro de los vientos.

No dudo que haygas hecho esas estreyas
que sirven de candiles a los sueños,
y pa aliviar el luto de las noches
priendas la luna en su reboso negro.

No dudo que siás vos el que le puso
al colmiyo'e la víbora el veneno;
el que afiló las uñas de los tigres
y le dio juersa al pico de los cuervos.

Pero dudo'e tu amor y tu justicia,
pues si juera verdá que sos tan güeno
no te hubieras yevao aqueya vida
que era pa mí más grande que tu cielo.

Vos sabés, Tata Dios, cómo la quise.
Eya jue el sol que amaneció en mi pecho.
Por eya tuvo primavera mi alma
y echaron alas mis mejores sueños.

Eya era linda como las mañanas

cuando dispiertan yenas de gorjeos;
alegre como el ruido'e las colmenas,
graciosa como el'unco'e los esteros.

¡Y era tan güena, Tata Dios, tan güena!...
Nunca un rencor se cubijó en su pecho.
Pa tuitos tuvo un corasón sin trancas
rebosao de ternuras y de afetos.

Y creyó siempre en vos: tuitas las noches
se endulsaba en su boca el Padre Nuestro,
mientras su almita'e pájaro aletiaba
ofertándose entera en cada reso.

¡Y tuvistes coraje pa matarla!
No pensastes que yo tamién jui güeno,
que no meresco este dolor que sangra
la herida siempre viva'e su ricuerdo!

¿Cómo no viá dudar de tu justicia?
¿Cómo viá crer que tengas sentimiento
si vos, prevalecido de tu juersa,
nos quitás siempre lo que más queremos?

¿Pa qué nos distes corasón entonces?
¿Pa qué nos esigís que siamos güenos,
si nos encariñás con este mundo
y en él ponés nomás que sufrimientos?

¿Cres que consuela tu promesa'e gloria?
Si aquí ande hemos nacido, ande queremos,
nos negás el derecho'e ser dichosos,
¡no sé pa qué nos va a servir tu cielo!

(de "Tacuruses")

CAVILANDO

Qué porquera es la vida ¡Puro dirse'n amagos!
Nos pasamos los años enfrenando esperansas,
que soltamos despiadas a lo largo'el camino
sin poder apariarnos a la dicha desiada.

Cuando semos gurises, de ganosos por criarnos
pa ser libres y dirnos po'ande quieran las ganas,
nos parece que'l tiempo marcha a tranco'e tortuga
y que nunca yegamos a la edá'mbicionada.

Pero dispués de mosos ya risulta distinto.
Los quereres comiensan'abrir brocas en l'alma,
y un'angurria tán grande de vivirlos nos dentra
que cuasi no d'abasto la ración d'esperansas.

Y de aflitos que andamos por agenciar la dicha
ni sentimos los días que de galope se alsan,
yevándose'n su juida promesas ya dijuntas
que se nos despintaron al dirnos a orejiarlas...

Hasta que un redepente nos encontramos viejos,
y hayamos que jué un soplo la mocedá pasada;
que los deseos duraron lo que una brasa'e ceibo;
que jueron nuestros sueños como la espuma en l'agua.

Y entonce'comprendemos qu'hemos andao al ñudo,

aplastando el matungo, mochando las rodajas,
sin conseguir más nada que una cansera bruta
y una runfla'e ricuerdos p'amargarnos el alma.

Y queremos dar güelta; ser gurises de nuevo;
pero ya no podemos pegar la reculada;
hay que seguir pa'elante, metiéndolé cidera,
aunque las juersas mermen y ya la fe'sté gasta...

Qué porquera es la vida ¡Puro dirse'n amagos!
Nos pasamos los años enfrenando esperansas,
pa campiar una dicha que, dejuro por hembra,
más matrera se pone cuanti más es desiada!

(de "Tacuruses")

PIONA

Dende muy gurisita
se te gana en la ropa y en el cuero
ese tufo emperrao de las cocinas
qu'es mestura de hoyín, de humo y de sebo,
y atrás del que anda siempre el macherío
como perrada hambrienta atrás de un güeso.

No bien los catorce años
t'encarosan los pechos,
y la naciente redondés de'lanca
t'enyena el vestidito'e percal viejo,
ya el algariao patrón, o el mayordomo,
anda buscando ande tumbar tu cuerpo.

Y en cuanto t'hincha el vientre'l primer hijo,
ya se cren con derecho
a un lugar en tu catre y en tu carne
hasta los pobres piones galponeros,
porque vos, infelís, sos en el campo
la única cosa que no tiene dueño.

Cuasi no hay año que no echés al mundo
un gurí rubio, amulatao o negro,
porqu'en las noches emparejadoras
se confunden los pelos,

y más si son dos vidas solitarias
las qu'entreveran sangre y sufrimiento.

Uno aquí y otro ayá, por las estancias
—pelusa'e cardo qu'esparrama el viento—,
esos hijos sin padre se te quedan,
mientras vos ves gastarse tu deseo
de ajuntarlos un día
en un rancho con sol, alegre y nuevo.

Y así vas, de hombre en hombre,
de cocina en cocina, envejeciendo,
hasta qu'inútil ya, descangayada,
sin servir pal fregón ni pa los besos,
terminás cuasi siempre tu esistencia
cebando mate'n un quilombo'e pueblo!

(de "Tacuruses")

TAMANGO

Con un pedazo'e cuero
y un tiento'e lonja vieja,
te idió en alguna chacra
la mano'e la pobresa,
pa qu'hicieras más blandos los terrones
y menos bruto el sol que arde'n las melgas.

Sos un calsao humilde y sin historia
lo mesmo qu'el paisano que te yeva.
Naciste pa tranquiar, porfiao y guapo,
siempre atrás de la reja
que v'aliñando surcos y más surcos
en su dir y venir, d'estreya a estreya.

Tal ves la bota'e potro,
con toditas sus mentas,
no tuvo nunca ese coraje tuyo,
cayao y aguantador com'una piedra,
qu'inoran las vigüelas y la fama
porque anda siempre hundido entre la tierra.

Tu destino es igual qu'el de tu dueño:
un destino apagao y sin leyendas
que no va más ayá del rancho negro
ande encajó su marca la miseria,

y ande hasta los gurises
se han olvidao de réirse, a juersa'e penas.

Entendés más de cayos que de sangre,
más de silencios que de ruido'e guerras,
y amostrás cascarón de barro escuro
en lugar d'estreyudas nasarenas:
por eso es que tu nombre
no cabe en las payadas noveleras.

Tamango, sos lo mesmo
qu'el sufrido paisano que te yeva:
un humilde coraje sin historia,
amansador d'heladas coruyeras,
que se gasta tranquiando entre los surcos
ande hundió su destino la pobreza.

(de "Tacuruses")

OREJANO

Yo sé que en el pago me tienen idea
porque a los que mandan no les cabresteo;
porque dispreciando las güeyas ajenas
sé abrirme camino pa dir ande quiero.

Porque no me han visto lamber la coyunda
ni andar hocicando p'hacerme de un peso,
y saben de sobra que soy duro'e boca
y no me asujeta ni un freno mulero.

Porque cuando tengo que cantar verdades
las canto derecho nomás, a lo macho,
aunque esas verdades amuestren bicheras
ande naide creiba que hubiera gusanos.

Porque al copetudo de riñón cubierto
pa quien no usa leyes ningún comisario,
lo trato lo mesmo que al que sólo tiene
chiripá de bolsa pa taparse el rabo.

Porque no me enyenan con cuatro mentiras
los maracanases que vienen del pueblo,
a elogiar divisas ya desmerecidas
y a hacernos promesas que nunca cumplieron.

Porque cuando truje mi china pal rancho

me olvidé que hay jueces pa hacer casamientos,
y que nada vale la mujer más güena
si su hombre por eya no ha pagao derecho.

Porque a mis gurises los he criado infieles
aunque el cura grite que irán al infierno,
y digo ande cuadre que pa nada sirven
los que sólo viven pirinchando el cielo.

Porque aunque no tengo ni en qué cáirme muerto,
soy más rico que esos que agrandan sus campos
pagando en sancochos de tumba reseca
al pobre pión que echa los bofes cinchando.

Por eso en el pago me tienen idea.
Porque entre los ceibos estorba un quebracho.
Porque a tuitos eyos les han puesto marca
y tienen envidia de verme orejano!

¿Y a mí qué me importa? ¡Soy chúcaro y libre,
no sigo a caudiyos ni en leyes me atraco,
y voy por los rumbos clariaos de mi antojo
y a naides preciso pa ser mi baquiano!

(de "Tacuruses")

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
VERGARA

Cerca'e mi rancho'e palo a pique crusa
la culebra pardusca de un camino
que trepa gambetiando a la cuchiya
y se pierde dispués en un bajío.

De a ratos, dibrusao en la tranquera,
yo me pongo a bichar a los que pasan;
a los que cren'tuavía en las promesas
y se dejan cinchar por las distancias.

Sé cuala es l'ansia que a cadáuno d'eyos
le sirve de rodaja;
conosco la ilusión que los cuartea
y lo fayuto'e tuitas esas cuartas.

Y sé que al repechar uno'e los tantos
cuest'arribas que tiene la esistencia,
se han de sentir cansaos de andar sonciando,
y, arrepentidos, han de dar la güelta.

Yo no compriendo por qué pucha el hombre
carcula siempre hayar la dicha lejos,
siendo que, si es qu'esiste, la yevamos
en lo projundo de nosotros mesmos.

Lo pior es que ricién nos damos cuenta

al dir yegando a viejos.
Cuando la vida nos ha güelto tristes
aprendemos ricién a ver p'adentro...

Yo tamién, cuando moso, rodé muncho;
me aburrí de oriyar los horisontes;
y juí dejando, en pagos siempre iguales,
las osamentas de mis ilusiones.

A juersa de porrasos juí aprendiendo
a querer el silencio y la tristesa,
y a encontrar las dulsuras escondidas
entre l'amarga cáscara'e las penas...

Aura tuitos mis días son de un pelo:
nada me tráin, y no me yevan nada;
y voy escureciendo dispacito
sin sentir el tirón de las distancias.

Por eso, cuando bicho pal camino,
me dá lástima ver esos cristianos
que pasan con tropiyas d'esperansas
y han de volver arriando desengaños!

(de "Tacuruses")

TAPERA

En la oriyita de un camino muerto
po'el que no crusa ya ni un alma en pena,
más solita que crus en tumba'e pobre
te consumís, tapera,
rumiando tus memorias niblinosas
mientras carcome el tiempo tu osamenta.

Los vientos aburridos se entretienen
en desmechar tu quincha'e paja seca,
y encuadriyaos con el abrojo grande
y el yuyo colorao—qu'es pior que lepra—,
ortigales machasos
de tu vejés ya van tomando cuenta.

Por los rombones que te ha abierto el agua
meten tuitas las noches su alma negra,
enseñando el camino a las babosas,
que tamién en la entraña se te cuelan,
y a cuanta chamuchina
anda po'el campo en busca'e madriguera.

Y al ñudo se proponen alegrarte,
armando un bail'e lus en tu cumbrera,
esos soles güenasos,
que hasta en el lomo'e los inviernos yegan

a calentarle el cuero al pobrerío
sin poncho ni fogón, que por áhi pena.

Por tu tirante acarunchao, cacunda,
por tus cáidas tijeras,
por los terrones que se te amojosan
bordaos de telas y de arañas secas,
anda tuavía el ricuerdo de las vidas
que anidaron un tiempo en tu pobresa.

Y al ñudo preguntás al bicherío
que en tu suelo pastudo ha hecho querencia,
qué jué del par de viejos,
de los gurises y la mosa aqueya,
que un crudo invierno, en el carrito enclenque,
repuntó pal camino la miseria.

(de "Tacuruses")

LA TACUARA

Lindo destino el tuyo,
vieja tacuara gaucha.
En las manos del viento
juistes primero flauta
que endulzó los amores de los indios
y que enseñó a cantar a las calandrias.

Dispués, cuando el gauchaje corajudo
salió a los campos a ganar la patria,
y pegao en el lomo'e los baguales
hizo temblar la tierra con sus cargas,
vos te cimbrastes en su brazo juerte
y ande quiera qu'el jué le abriste cancha.

Más tarde, con un clavo corto y mocho
en lugar de la chuza ensangrentada,
los tranquilos carreros
te volvieron picana,
cuando arrastraban lerdos el progreso
por tuitos los caminos de la patria.

Y áhura que ya no quedan gauchos crudos,
áhura que no hay carretas ni patriadas,
madrugás con los güeyes aradores
en la callada soledá'e las chacras,

y saludás al sol dende los surcos
ande el paisano ensimismao trabaja.

O en el techo'e los ranchos
asujetás la quincha'e paja brava,
y sos dichosa oyendo a los horneros,
que en cuanto amaga el alba tocan diana,
o viendo corretiar a los gurises,
o escuchando la voz de una guitarra.

Lindo destino el tuyo,
vieja tacuara gaucha.
Siempre apariada al hombre de esta tierra,
al que supo guapiar pa darnos patria,
y áhura vive peliando su puchero
de sol a sol, en chacras y en estancias.

(de "Flechillas")

EL CANDIL

Dende que el primer criollo
levantó el primer rancho,
y el primer costillar se asó en las brasas
y chilló'l'agua pal primer amargo,
estuvo tu ojo'e luz lagrimiadora
alumbrando el humilde nido gaucho.

Y como él vos también juistes sencillo,
y resistente y guapo.
Se agachaba tu llama cuando el viento
la quería apagar de un aletazo,
pa volver a empinarse con más juerza
en cuantito aflojaba el alversario.

Un candelero viejo,
la tapa de una lata,
una mecha de trapo retorcido
y un puñadito'e grasa,
bastaban a la gente de otros tiempos
pa que tu luz sus noches aclarara.

Viste nacer gurises,
morir viejos de barbas escarchadas,
y acompañaste las cavilaciones
de hombres que a naides su penar contaban,

y llorastes viudeces sin consuelo
junto a tristes mujeres enlutadas.

Y en las horas felices,
cuando hablaba el amor su idioma'e besos,
y arrocinao en brazos de su prienda
soñaba el criollo en un paraíso eterno,
pa que tuviera música esa dicha
vos le ofrecías tu chisporroteo.

Viejo candil de grasa: tu luz guapa
ya no es más que un ricuerdo;
lo que el pampero rezongón no pudo
lo pudo la mudanza de los tiempos;
pero quien sabe tu apagada estrella
no se vuelve a encender en estos versos.

(de "Flechillas")

EL GATIAO VIEJO

Acuquinao junto a una mata'e paja
que hacía chiflar enfurecido el viento,
dándole el anca a la garuga helada
y entumido de frío hasta los güesos,
hayé aquel crudo atardecer de junio
al pobre gatiao viejo.

Lo habían largao ayí pa que muriera,
flaco y sin juersas ya, cansao y hambriento,
en un camino que era puro barro
y ande no iba a encontrar ni un pasto seco.
Y, lo que es pior, solito
frente al rigor del despiadao invierno.

Al cruzarme con él sus tristes ojos,
apagaos por el tiempo,
me miraron de un modo cuasi humano,
y un relincho que acaso juese un ruego
se le escapó po'entre los dientes tronchos
y me punsó como una espina el pecho.

Entonces yo me le ayegué dispacio,
le hablé como se le habla a un compañero,
le palmié las costiyas,
que por poco aujeriaban ya el peyejo,

y acabé por yevármelo de tiro
atándole una soga en el pescueso.

Ahura lo tengo en el galpón del rancho,
repartiéndose el máis con mi asulejo
y durmiendo abrigao en cama'e pasto
como si juese un pingo parejero.
Y aunque es viejaso el pobre,
pa mí que no lo basurea este invierno.

Con sus años pa nada habrá'e servirme
aunque engorde y peleche en el güen tiempo.
Pero eso no me importa
pues no lo traje pa sacar provecho,
y estoy pagao de sobra con la forma
en qu'él me mira cuando le proseo.

(de "Flechillas")

CANCION DEL CRUZACAMINOS

Soy hombre de campo llano,
por eso me gusta andar,
aunque sé que para el pobre
toda la tierra es igual.

Mi querencia es el camino,
mi rumbo la libertad.
Eso me basta y me sobra.
No preciso nada más.

Canto si tengo tristezas
o si siento bienestar,
que el canto es como la caña.
sirve en el bien y en el mal.

No envidio al rico que vive
amarrado a su caudal.
Por linda que sea la plata
más linda es la libertad.

Yo tengo el día y la noche,
mis brazos y mi cantar.
Sueños y pan no me faltan.
¿Para qué más capital?

Como el viento voy y vengo
pues mi destino es andar,
aunque sé que para el pobre
toda la tierra es igual.

(de "Flechillas")

JORNADA ESTIVAL

I

El amanecer

El día viene despacio,
cuarteado por el lucero;
la fina niebla del alba
se está azulando en los cerros.

A ras del húmedo campo
danza el minúsculo fuego
y hay en el aire fragancia
de macachín y de trébol.

¡Qué lindo es un mate amargo
en la orillita del sueño,
cuando se tiene la cara
fresca de noche y de cielo!

Rumiando aguardan las yuntas,
el alazán muerde el freno,
y el largo camino llama
con la voz de los recuerdos.

II

La partida

Ya está viboreando el silbo,
se cimbra ya la picana,

y el eje saluda al día
con su canción herrumbrada.

Cuesta abajo, cuesta arriba,
por montes, llanos, cañadas,
rueda la lerda carreta
deshilachando distancias.

¡Qué lindo es hacer camino
sin prisa en la madrugada,
viendo verdear los pastitos
entre la niebla de plata!

Se enciende el primer churrinche
sobre la copa de un tala,
y una pareja de horneros
trabaja feliz, y canta.

III

La siesta

Vibra la luz en el aire,
los tábanos bordonean,
y entre las duras flechillas
crepita la roja siesta.

En copas de ásperos cardos
se embriagan rubias abejas;
como relámpagos verdes
las lagartijas destellan.

¡Qué lindo es dormirse a plomo
debajo de la carreta,
con arrorró de chicharras
y olor a yuyos y a tierra!

El alazán y los bueyes
comparten sueño y pereza.
Como una serpiente inmóvil
el largo camino espera.

IV

La tardecita

Detrás de un monte lejano
se hunde el sol, desfallecido,
y lo despide un chingolo
con su nostálgico trino.

Dulces rumores se esparcen
por el aire pensativo.
En la boca del carrero
susurra apenas el silbo.

¡Qué lindo es hacer un alto
después de tanto camino,
para esperar a la noche
que va llegando al tranquito!

Revuelan los dormilones
con misterioso sigilo,
y es tan frágil el silencio
que lo hace trizas un grillo.

V

La noche

Tendido de cara al cielo
sobre el humilde recado,
por los caminos del sueño

sigue el carrero viajando.

Y así llega a un rancho fresco
donde lo acogen dos brazos
morenos y ceñidores,
con olor a sol y a campo.

¡Qué lindo es soñar un sueño
de amor sobre el ancho llano,
mientras cocuyos y estrellas
chispean, contrapunteando!

Pero hay que dormir de veras
porque el sol nace temprano,
y allí cerquita, cerquita,
sigue el camino esperando.

(de "Flechillas")

ROMANCE DEL LOBISON

I

Pasando de boca en boca,
de rancho en rancho pasando,
como una llama soplada
por el aliento del diablo,
crece la mala noticia
sobre el desvelo del pago.
Remotos cuentos abuelos
la vienen apadrinando
desde el confín de los miedos
elementales del campo.
Viejas leyendas sin muerte
le brindan propicio marco
desde las cómplices noches,
lerdas de insomnio y de espanto.
Y las lechuzas recobran
tétrica fama a su amparo,
y hasta el gañir de los perros
vuélvese torvo presagio.

De un fogón a otro fogón
va la noticia, sembrando
de añejas supersticiones
el ancho candor paisano.

Al lobisón ya lo han visto
muchos hombres en el pago;
hombres de cuya palabra
nadie jamás ha dudado,
por ser palabra de criollos
que nunca se equivocaron.
Y afirman esos varones
que al monstruo lo han encontrado
al filo de medianoche,
correteando por el campo,
ora con forma de perro,
ora en un cerdo encarnado,
ora con triple apariencia
de lobo, zorro y lagarto.

Mozos de entero coraje,
por sangre y muerte afianzado,
cuentan que le han hecho frente,
dispuestos al duelo bárbaro.
Pero las armas de fuego
siempre sus plomos negaron
al apuntarlas al cuerpo
de aquel engendro del diablo.
Y cada vez que un cuchillo
dió a la noche su relámpago,
veloces fugas del monstruo
el guapo impulso frustraron.

En tanto, crece que crece,
la angustia va rellenando
de miedos estremecidos
las lerdas noches del pago.
Y pierde bocas la risa,
y sabor el mate amargo,

y entre las mudas guitarras
ciega sus luces el canto.

Un pago con lobisones
es un pago desdichado.
Mientras exista ese monstruo
no habrá paz en ningún rancho.

II

Son siete mozos parejos
los siete hermanos Zeballos,
trabajadores los siete.
los siete nobles y francos,
iguales por guapos todos,
iguales todos por gauchos.

Cetrino tienen el rostro,
por un mismo sol quemado;
como el pan los corazones;
como el acero los brazos.
Altivos con el altivo,
respetuosos con el manso,
estoicos en la desgracia,
sufridos en el trabajo,
fieles al hombre que encarnan
y entienden por hombre honrado,
viven idéntica vida
los siete hermanos Zeballos.

Pero, ¡ay!, son todos varones,
y es fama que en tales casos
para sus torvos designios
escoge al séptimo el diablo.

Los viejos más venerables
dicen, al ser preguntados,
que de cuantos lobisones
registra memoria el pago,
no ha habido jamás ninguno
que no haya estado encarnado
en séptimo hijo varón,
contando de arriba abajo.

Y el miedo atiza sospechas
y enciende turbios resabios
ancestrales, instintivos,
que el tiempo va acrecentando.

Alguien advierte una noche
como sin querer, de paso,
que los martes y los viernes
al menor de los Zeballos
suele vérsele nervioso,
hosco y desasosegado.
Y otro, que al siguiente día
tiene un aire de sonámbulo
y unos ojos turbios, hondos,
como quien ha trasnochado...
Y así va la sugestión
adueñándose del pago
y alucinándole el sueño
noche a noche, rancho a rancho.

Ya está marcado el destino
del menor de los Zeballos.
Hasta las piedras lo saben,
lo saben hasta los pastos.
Ya los amigos lo eluden

y la novia lo ha dejado;
ya en nadie encuentra consuelo,
porque sus propios hermanos
le hablan con la voz opaca
y el corazón distanciado.

El se refugia en la tierra
y ara y siembra sin descanso,
de la mañana a la noche
tras los bueyes, solo y agrio,
con un rictus de tristeza
en los labios apretados,
y espesándose en los ojos
la sombra del desengaño.

Pero nadie ve su pena,
porque en un pago asombrado
las penas de nadie importan;
lo que importa es el espanto,
que pone hielo en las almas
y en los cuerpos sobresaltos
cada vez que un perro aúlla,
cada vez que maya un gato,
o el chajá lanza su grito
misterioso en los bañados.

Mientras ese pavor ciego
ande la sangre escarchando,
mientras anide en los pechos
ese miedo alucinado,
no habrá amor, no habrá ternura,
no habrá paz en ningún rancho.

Ya está marcado el destino
del menor de los Zeballos.

Aunque nadie lo haya dicho,
ya lo sabe todo el pago,
y anda un tácito convenio
las voluntades aunando.
Sólo hay un medio, uno solo,
de derrotar ese espanto
—que en ancestrales raíces
se ha venido sustentando—,
y es ofrecerle un tributo
de sangre, un cruel holocausto
que ponga fin al asombro,
calmando la sed del diablo.

III

Por la mitad de la noche
viaja el hombre en su caballo,
honda de penas el alma,
desierto el pecho de cantos.

Va en busca de vida nueva,
va en busca de nuevo pago;
y hundido en lo más profundo
del corazón solitario,
lo punza como una espina
el dolor del desarraigo.
Tal vez el pingo lo sabe;
por eso va tan despacio.

Cautas lechuzas le chistan,
de poste en poste volando,
cual si advertirle quisieran
que lleva un rumbo nefasto,
porque allá, junto al arroyo,

la muerte lo está esperando.

Pero él no entiende el aviso
y prosigue, tranco a tranco,
dialogando sin palabras
con la tierra y con los pastos,
oyendo en su corazón
la voz íntima del campo,
tenue voz hecha de olores
y susurros desmayados,
de latidos pequeñitos,
de minúsculos reclamos.

El hombre aspira esa voz
en el aire dulce y cálido
y le hace un nido en el fondo
de su pecho solitario.
Porque es la voz de su vida,
la que de niño ha encontrado
monologando en los ríos,
enredándose en los árboles,
hinchando la tierna espiga,
aleando en el viento claro,
quejándose con la savia
de los tallos machucados.
Porque es la voz de su tierra,
la que hablaba en el arado
cuando él gastaba sus días
en el surco, largo a largo;
la que arrullaba sus sueños
y aliviaba sus cansancios;
la que los dulces secretos
del amor le había enseñado;
y que ahora, desde el centro

de la noche va llegando
a encenderle muertas luces
en el corazón amargo.

En busca de nueva vida
marcha el hombre en su caballo;
pero allá, junto al arroyo,
lo espera el miedo emboscado
detrás de ojos avizores,
detrás de trémulas manos;
y anda la muerte en el filo
de los cuchillos helados,
pregustando, voluptuosa,
la sangre del holocausto.

Tal vez el pingo lo sabe,
por eso va tan despacio;
tal vez lo saben los teros
que revuelan, obstinados,
gritando sus exorcismos
inútiles contra el Diablo.

IV

Cuentan que al siguiente día
lo alumbró un sol muy extraño,
tan rojo cual si estuviera
con sangre fresca amasado;
y que hay cuchillos que tienen
ese mismo color trágico
en el fulgor de su acero
desde entonces reflejado.

Al lobisón no volvieron
a encontrarlo por los campos;

ya no tuvieron asombro
las medianoches del pago.
Pero la paz, ¡ay!, la paz
sigue ausente de los ranchos,
donde un pensamiento terco
muerde a todos, sin descanso:

"Quién pudiera desandar
el camino mal andado;
quién recuperar pudiera
la sangre del holocausto
y hacerla correr de nuevo,
con galope rojo y cálido,
por las potentes arterias
del menor de los Zeballos!"
Pero es vano ese anhelar.
Nadie desanda la andado:
ni las nubes, ni los ríos,
ni los hombres, ni los pagos.

(de "Tierra Amarga")

ROMANCE
DE LAS TRES LUNAS

Tres hijas mozas tenía
Sandalio Luna, el puestero;
las tres iguales, iguales
cual las tres hojas de un trébol.

"El Rancho de Las Tres Lunas"
le llamaban al del puesto,
donde las mozas vivían
siempre juntas y en silencio,
devanando la madeja
de un idéntico deseo,
hilando —cándidos husos—
el mismo cándido sueño.

Porque las tres convergían
en el espacio y el tiempo
como flechas simultáneas
al blanco de igual anhelo:
anhelo de ver el mundo,
de develar el misterio
de las cosas presentidas
más allá del llano inmenso;
de saber dónde acababa
la carrera de los vientos
y de qué entrañas de fragua

nacían los soles de fuego;
de escuchar la voz tremenda
del mar, de trepar los cerros
y las montañas nevadas
que se besan con el cielo.

Ninguna de "Las Tres Lunas"
salió jamás de aquel puesto,
que era tan triste, tan triste
como la lluvia en invierno.
Siempre silencio y trabajo,
siempre trabajo y silencio
en el rancho sin guitarras
y sin novios domingueros,
donde nunca había cantado
otro payador que el viento.

En derredor cielo y campo,
nada más que campo y cielo,
y allá a lo lejos la raya
de un camino señuelero
que llamaba con tambores
de galopes polvorientos.

Por aquel camino brujo
—cicatriz del llano inmenso—
pasaban contrabandistas,
y "linyeras", y troperos.
Hombres de pecho cernudo
donde se mellaba el miedo,
cuñas de audacia clavadas
de la noche en el misterio;
hombres de hatillo a la espalda,
trashumantes, andariegos,

semillas para las cuales
toda la tierra fue un yermo;
y hombres que ataban las horas
con sus silbidos ronderos
en las sombras erizadas
de mugidos y de cuernos.

Pero al rancho de las Luna
nunca llegaba un viajero,
porque por orden del rico
señor del llano tremendo,
a nadie allí se le daba
comida, mate ni techo.
Corrieron largos veranos,
largos inviernos corrieron;
como la espuma de blanca
quedó la barba del viejo;
y en el rancho miserable
siempre trabajo y silencio;
y allá lejos el camino
siempre cuarteando los sueños
hilados en la tristeza
de "Las Tres Lunas" sin cielo.

Hasta que al fin una noche
la moza mayor, sintiendo
blandos y flojos sus muslos,
flojos y blandos sus senos,
en el tirante del rancho
colgó su lánguido cuerpo
para poder liberarse
de la soledad y el tiempo.

Siguieron iguales días

de trabajo y de silencio.
Pero, ¡ah, como llamaba
la ausente desde el misterio!
Llamaba en las hojas muertas,
en el gañir de los perros,
en la música de granos
perdidos del aguacero;
llamaba con la palabra
cuchillera de los vientos,
con esa voz de cenizas
y de sombras que es el eco,
espectro ingrávido y frío,
sin nombre, color ni tiempo.

Llamó tanto desde el limbo
su ausente cuerpo señero,
que una tarde de neblina,
tarde color plomo viejo,
por igual rumbo la moza
segunda partió del puesto.

Sobre el llano desolado
siguió vaciando el invierno
su carga de cerrazones,
lluvias, escarchas, pamperos...
En el rancho de las Luna
aún estaba el luto fresco,
cuando del mismo tirante,
y con el mismo sobeo,
la menor de las hermanas
suspendió también su sueño.

Y el viejo se quedó solo
con su drama y su silencio;

blancas, reblancas las barbas;
negro, renegro el pañuelo;
laberíntico de grietas
el rostro de tronco seco;
forasteros de la vida
los ojos color invierno;
y un frío como de chumbos
agujereándole el pecho.

Hilando noches y días
siguió la rueca del tiempo.
Llamando siguió el camino
con galopes tamboreros.
Y en el rancho de las Luna
—¡Ay, "Las Tres Lunas" sin cielo!—,
¡siempre silencio y trabajo;
siempre trabajo y silencio!

(de "Tierra Amarga")

ROMANCE
PARA UN VIEJO PESCADOR

Viejo Martín Pescador,
con tal mote te recuerdo,
porque con él aprendí
a llamarte de pequeño.

Hoy quiero cantarte a tí,
taciturno y dulce viejo
de ojos bayos por los años,
de jiboso lomo estrecho,
de piel floja y arrugada
como cáscara de ceibo.

Viejo Martín Pescador,
el más pobre y el más bueno
de todos aquellos hombres
escuálidos y harapientos,
que moraban en los tristes
aledaños de mi pueblo.

Viejo endeble y pequeñito
—cuarenta kilos de huesos
que pugnaban por romper
el pellejo amarillento—.

Eras tan pobre, tan pobre
como ninguno en el pueblo.
Por todo caudal tenías

tu espinel de quince anzuelos,
tus dos líneas —boya y fondo—,
un farol y un mojarrero.

Todas las tardes salías
camino al arroyo bueno,
que aunque por cada pescado
te daba veinte cangrejos,
siempre en sus aguas traía
algo para tu sustento.

Y a la mañana tornabas
a deambular por el pueblo,
exhibiendo —en una horqueta
de guayabo o pitanguero—
la sarta de tarariras,
pintados y bagres frescos.

De día, de puerta en puerta;
de noche, de puerto en puerto;
así pasabas la vida,
entre el arroyo y el pueblo.

Viejo Martín Pescador:
todavía te estoy viendo
con tu lerdo andar boyuno,
con tu jiba y tu silencio,
el tarrito de las "bichas",
los añosos aparejos,
y un dolor de medio siglo
en los ojos soñolientos.

Remangada la bombacha
en verano y en invierno,
un saco en el que cabían

tres cuerpos como tu cuerpo,
y un sombrero pardo-tierra
que de joven fuera negro:
así te tengo plasmado
en los meandros del recuerdo.

Viejo Martín Pescador:
todavía te estoy viendo
aquel día alfilerado
de garúas —zinc y hielo—
en que dos guardias civiles
del arroyo te trajeron,
sobre un poncho del Estado
todo lleno de agujeros.

Viejo Martín Pescador:
todavía te estoy viendo
hecho un minúsculo ovillo
sobre el poncho miliquero;
engarfiados en las tibias
los esqueléticos dedos,
el mentón en las rodillas,
los bayos ojos abiertos,
y las violetas del frío
sobre la piel floreciendo.

Moriste en tu ley, sentado
en la barranca de un puerto,
con la espalda contra un tronco
y en la mano el aparejo.

Moriste entre los amigos
—árboles, arroyo y cielo—
con los cuales compartiste
medio siglo de silencio.

Viejo Martín Pescador:
aunque hace ya mucho tiempo
que descansa bajo tierra
tu puñadito de huesos,
yo, que te he tenido vivo
en los meandros del recuerdo,
hoy te ofrezco, para que andes,
el camino de mis versos.

(de Raíz y Ala")

ROMANCE PARA UN RETORNO

Otra vez mi tierra amarga
están tu amor y tu pena
cantándome en la alegría,
doliéndome en la tristeza.
Otra vez percibo tu alma
boyando en las noches quietas
y la huelo en la fragancia
de las mañanas abiertas.
Otra vez viajo en tus vientos
y sueño en tus rojas siestas,
y el gris tambor de tus lluvias
en el pecho me resuena.

Heme de nuevo contigo
tierra de la pena vieja
y la empinada esperanza
siempre joven, siempre enhiesta.
Heme de nuevo buscando
tu lacerada inocencia
a través de los huraños
silencios con que la cercas.
Heme de nuevo avivando
en tu amor mi brasa terca,
que por de tí sustentarse
no es brasa ya sino estrella.

Tierra, mi tierra nativa,
otra vez mi canto llega
a sangrar con tus heridas
y a soñar con tus leyendas.
Otra vez caldea mis huesos
el resol de tu presencia
y por mis venas discurre
tu cordial llama morena.
Otra vez está conmigo
tu palabra señuelera
hecha guitarra en mis noches
y en mis mañanas espuela,
aguijón en mi esperanza
y cuchillo en mi protesta.

Tierra de los hombres hoscos,
frustrados por la miseria;
de aquellos que te trabajan
con dolor la vida entera,
soñándote siempre propia,
sabiéndote siempre ajena
aunque sus manos te vivan
callo a callo, grieta a grieta,
y que recién con sus huesos
al morir te recuperan.

Tierra de los niños tristes
y de las mujeres serias,
la del amor silencioso
y la risa prisionera:
yo que vengo de tu entraña
tan herida, tan maltrecha,
que te entiendo aunque te calles,

que te quiero aunque me duelas,
que te sufro en esta brasa
pertinaz de mi conciencia
—esta brasa que al nutrirse
de tu amor deviene estrella—,
vuelvo a tí mi voz perdida
que al tocarte se reencuentra,
y de nuevo, con palabras
como tú, llanas y abiertas,
te la ofrezco en estos versos
de esperanza y de protesta.

(de Raíz y Ala")

ROMANCE PARA UN CAMINO

Camino real de mi pueblo,
camino, viejo camino
que te llevabas mis sueños
hacia mundos nunca vistos.
¿Dónde están aquellas horas
que juntos los dos vivimos
silencio contra silencio,
bajo cielos comprensivos;
tierra tú, también yo tierra,
tú tan viejo, yo tan niño,
tú cargado de respuestas,
yo de preguntas henchido,
pero los dos igualados
por idéntico mutismo?

¿En qué alforja guarda el tiempo
la luz de aquellos domingos
llenos de paz campesina,
tan callados, tan sencillos,
en que tú y yo, sin movernos,
todo el mundo recorrimos
huyendo del pueblo triste,
denso de tedio y olvido,
donde la noria del tiempo
giraba con lerdo ritmo

y la vida transcurría
desprovista de sentido?

¿Tras qué horizontes anclaron
aquellos vientos amigos
que de tan lejos venían,
tantas cosas a decirnos,
y que a los dos —sueño y polvo,
polvo y sueño— confundidos
en sus alas nos llevaban
por el espacio infinito?

Camino real de mi pueblo,
camino, viejo camino
que mi memoria repite
bache a bache, guijo a guijo:
hoy va mi canto a buscarte
sabiendo que eres distinto,
que aquella tu alma de entonces
no está más, ya se ha perdido,
y esperando sin embargo
reencontrarla desde el niño
que a la orilla de mi tiempo
por la vida va conmigo,
candoroso como antaño,
como antaño sensitivo,
salvando de cada muerte
los dulces sueños antiguos,
restañando mis heridas
con sus óleos de optimismo,
y a mi ser restituyendo
la verdad de su destino.

Cierro los ojos y veo

tus repechos, tus bajíos,
y oigo otra vez tu llamado,
siempre nuevo y siempre el mismo.
Y fulgen los viejos soles
sobre tu lomo sufrido,
y las viejas lluvias vuelven
a platearte de arroyitos.

Los rudos hombres de entonces
te andan con paso cansino,
iguales en su tristeza,
iguales en su mutismo;
y va con ellos la historia
de aquel dolor campesino
que muere con cada muerto
pero que siempre está vivo.

Desvencijadas carretas
llevan y traen su chirrido
detrás de los bueyes tardos,
abúlicos y sumisos.
Truena el fragor de las tropas
en tu suelo estremecido,
mugen su miedo las reses,
silban los hombres su hastío,
y el aire juega a las nubes
con tu polvo blanquecino.

Cierro los ojos y veo
la llama de tus estíos
y la romántica niebla
de tus inviernos plomizos.
Vuelven a pasar jinetes
sin cantos, de ojos esquivos,

rumiando viejos pesares,
tan viejos como ellos mismos.
Chacreros de manos rotas,
carboneros renegridos,
míseros peones de estancia,
caminantes sin destino;
todos color intemperie,
todos hoscos y sombríos,
y todos, ¡ay!, solitarios
y en sí mismos sumergidos.

Retornan las diligencias
hartas de leguas y trillos,
con esa melancolía
de quien ya todo lo ha visto;
muy tiesos en el pescante
los mayorales cetrinos,
gauchos de rostro inmutable,
como tallado en granito,
y mirar siempre lejano,
enigmático, huidizo,
quien sabe en qué recoveco
del amplio mundo perdido.

Camino real de mi pueblo,
tan humilde y tan sencillo
como los hombres que andaban
sobre tu lomo sufrido.
Cancha de todos mis sueños,
cambiante sueño tú mismo,
según qué rostro tuvieran
los horizontes ariscos.

Camino que caminaron

con amor mis pies de niño
y que aprendió mi memoria
bache a bache, guijo a guijo:
sé que hoy son otros los pasos
que te transitan, cansinos,
otros los rostros amargos
y otros también los mutismos
que tu recoges y guardas
solidario y comprensivo,
sabiendo que son iguales
a los de entonces, amigo;
que tu historia no ha cambiado
ni ha cambiado tu destino,
pues si son otros los hombres
el dolor es siempre el mismo.

(de Raíz y Ala")

ROMANCE PARA EL VELORIO DE JUAN SIN TIERRA

Sobre una mesa lunanca
—pequeña para su cuerpo—
yace, sin flores ni cruces,
Juan sin Tierra, chacarero
que roturó muchas chacras
—todas en campos ajenos—
y sembró leguas de trigo
que sus hijos no comieron.
Mañana lo llevarán
en el carrito de pértigo.

Tras medio siglo de arado
yace el áspero labriego,
hielo en las manos raizudas,
vidrio en los ojos abiertos,
ceniza de años y penas
en los hirsutos cabellos.

Seis viejos ensimismados
y cuatro velas de sebo,
con puchos y con pabilos
están ahumándole el sueño.
Tras el biombo de arpillera
que parte en dos el ranchejo,

junto a los hijos que duermen
sobresaltados y trémulos,
llora su llanto sin ruido
la compañera del muerto.

Ningún velorio tan triste
como el velorio de un viejo
velado en noche de junio,
sin mate amargo ni fuego.
Se hacen de plomo las horas,
se vuelve duro el silencio,
y arando penas se mella
la reja del pensamiento.

Los seis ancianos que velan,
que son —los seis— chacareros,
tienen las manos raizudas
como las manos del muerto.
La luz de las cuatro velas
tirita en sus rostros secos
y en las bermejas hilachas
de sus ojos aguachentos.

Es triste velar un hombre
en un rancho tan estrecho,
con grietas por las que asoma
su torva cara el invierno.
Por eso los veladores,
ansiando entrar al día nuevo,
su mudo velar alternan
con el atisbo del cielo,
donde una luna de escarcha
cuaja su lumbre y su tedio.

¡Cómo se alarga la noche

cuando hay que velar un muerto
en; rancho de palo a pique,
sin mate amargo ni fuego!

Las cuatro trémulas velas
lloran su llanto de sebo
mientras azulan el aire
los puchos de los seis viejos.

Mañana lo llevarán
en el carrito de pértigo,
con el gemir de los ejes
por todo acompañamiento.
Y tras su media centuria
de rejar campos ajenos,
tendrá, ¡por fin!, tierra propia,
Juan sin Tierra, el chacarero.

(de "Raíz y Ala")

SALUTACION FINAL

Dionisio: estás en el pueblo
ya para siempre jamás,
como en el sol está el día,
como en el trigo está el pan.

Dicen tu nombre los niños
con voz de miel y cristal,
para que aquel que lo escuche
ya no lo pueda olvidar.

Cuenta la abuela tu historia
junto al fogón invernal,
y oyéndola, hasta las brasas
parece que brillan más.

Silba el tropero en la ronda
—que es su modo de soñar—;
el domador, sobre el potro,
canciones al viento da;
con la reja, hunde el labriego
en la tierra su anhelar;
pregona el hacha, en el monte,
del monteador el afán:
y tu imagen puebla el silbo,

le pone alas al cantar,
camina con la esperanza
y alegra el pregón tenaz.

Estás también en la lluvia
cuando acaricia el maizal,
y aquieta el pecho del hombre,
y hace dulce su pensar.

Arde tu sangre en los zumos
encendidos del chalchal,
y los ceibos ratifican
flor a flor su eternidad.

La luz azul de tus ojos
mira desde el manantial
donde danzan las estrellas
y va el pájaro a abrevar.

Y tu franca risa suena
del arroyo en el cantar,
y halla el viento tus palabras
en las flautas del juncal.

No anda un camino la vida
que no acompañe tu andar,
ni sueña el amor un sueño
que no ilumine tu faz.
Te lleva el hombre en su carne
y en su savia el vegetal;
tu primavera infinita
de abeja en abeja va;
late tu cuerpo en el nido
donde incuba la torcaz;
repite tu luz la estrella

en su viaje sideral;
y cantan tu eterna gloria
noche y día, sin cesar,
cada cual a su manera
y a su turno cada cual,
dos juglares campesinos
que jamás te olvidarán:
el dulce grillo lunero
y la chicharra solar.

Dionisio, niño infinito,
héroe del amor triunfal,
firme estrella sin ocasos,
lámpara de eternidad;
Dionisio, niño sin tiempo,
germen del alba total,
que resides en la vida
ya para siempre jamás:
haz que en mis versos palpite
tu corazón ejemplar,
como palpita en el árbol,
en la espiga y en el pan,
para que en ellos aprendan
otros niños tu verdad,
esa verdad que tú hablaste
en la lengua universal
de la sangre y el martirio,
que es la lengua más veraz:
"Morir por amor al hombre
no es morir, es perdurar,
pues quien en amor se expresa
lleva en sí la eternidad".

Dionisio, niño del día,

luz de la luz inmortal,
clave de todo milagro,
flor de toda heroicidad:
incorporada a la llama
del pueblo tu llama está,
y por eso nunca, nunca,
nunca más se ha de apagar.

(de Raíz y Ala")

INDICE

OSVALDO PADULA

Matrero 7

Cachimba 9

Estilo 11

Pulpería 13

Querencia 15

Hombrada 17

Lechusa 19

Oración 21

Cavilando 23

Piona 25

Tamango 27

Orejano 29

Vichando 31

Tapera 33

La tacuara 35

El candil 37

El gatiao viejo 39

Canción del cruzacaminos 41

Jornada estival 42

Romance del lobisón 46

Romance de las tres Lunas 55

Romance para un viejo pescador 60

Romance para un retorno 64

Romance para un camino 67

Romance para el velorio de Juan sin Tierra 72

Romance de Dionisio Díaz — Salutación final 75

EDICIONES
DE
LA BANDA ORIENTAL

SERAFIN J. GARCIA

Autor vastamente conocido, su obra recorre diferentes géneros: narrativa, humorismo, poesía. Precisamente esta es una selección de sus mejores creaciones poéticas: "Orejano", "Piona", "Hombrada", "Romance de Dionisio Díaz", etc. La selección fue realizada por el propio autor, sobre la base de sus libros "Tacuruses", "Flechillas", "Tierra Amarga" y "Raíz y Ala". Del mismo autor Ediciones de la Banda Oriental ha publicado uno de sus mejores libros de cuentos: "En carne viva".